

# Hollande busca salvar la unidad del PS, por la que ha trabajado durante once años

El último reto del gran sintetizador

LLUÍS URÍA - París. Corresponsal

LA VANGUARDIA, 23.11.08

El próximo jueves, día 27, François Hollande (Rouen, 12 de agosto de 1954) cumpliría once años al frente del Partido Socialista francés. Pero, a menos que se produzca un cataclismo, no llegará a tiempo de soplar las velas. Lo que no impedirá que sea el primer secretario más longevo del PS, François Mitterrand incluido. El despacho de Hollande en la sede central de la calle Solférino lleva varios días vacío, esperando a que lo ocupe el nuevo primer secretario, por primera vez en la historia del socialismo francés, una mujer. Pero el relevo va a tardar algo más de lo previsto. Y promete someter al PS a una sacudida de efectos imprevisibles.

Después de más de una década sacrificándolo todo por la unidad del partido - incluidas sus propias ambiciones presidenciales-, François Hollande deberá emplear ahora toda su experiencia, dotes de seducción y capacidad de compromiso para evitar que su obra salte por los aires delante de sus ojos. "Estos días no deben de ser fáciles para ti", le dijo Martine Aubry hace una semana en Reims, cuando se hizo evidente que el 75.º congreso del PS iba directo al fracaso. Fragmentado en cuatro grandes corrientes - minadas en su propio interior por la desconfianza mutua-, incapaz de alumbrar la más mínima alianza para obtener una

mayoría sólida, el partido cerró su cónclave más dividido que nunca. Decepcionado, Hollande renunció a pronunciar el tradicional discurso de clausura: "No quiero añadir conmiseración a la impostura", dijo.

Atacado desde todos los flancos - incluido el de Ségolène Royal, su ex compañera sentimental y madre de sus cuatro hijos- tras la derrota de las elecciones presidenciales del 2007 frente a Nicolas Sarkozy, François Hollande ha sido señalado como el principal responsable del inmovilismo del PS. Al hasta ahora primer secretario socialista -cuyo carácter afable, aparentemente blando, le ha valido hirientes apodos como Flanby o Fresa Silvestre- se le ha reprochado su falta de liderazgo y autoridad tanto como su devoción por el consenso y la síntesis.

Este rasgo fue precisamente el que le aupó en 1997, en el congreso de Brest, a la primera secretaría del partido, promovido por un Lionel Jospin que acababa de ser nombrado primer ministro. Desde entonces, Hollande siempre ha buscado el compromiso con los viejos elefantes y las diferentes facciones del partido, siendo reelegido con amplias mayorías en el 2000 (Grenoble), el 2003 (Dijon) y el 2005 (Le Mans). Hundido tras la sangrante derrota de las presidenciales del 2002, fue Hollande el encargado de reconstruir el partido de sus cenizas. Y luego, en el 2005, tras la agria división provocada por el referéndum de la Constitución europea, se esforzó en conseguir una síntesis entre las fuerzas en liza, para restañar las heridas y salvar la unidad del partido, aun al precio de renunciar en ese momento a imponer su candidatura en las elecciones presidenciales del 2007. Luego fue ya demasiado tarde para hacerlo...

Determinado, en efecto, a salvaguardar la unidad del partido a toda costa, la actuación de Hollande durante la última década ha impedido que

las divisiones internas - menos ideológicas que de clanes y de personas- desembocaran en una confrontación abierta. Lo que, a juicio de sus detractores, ha impedido que el PS se decantara por una línea política clara y coherente. A punto de marcharse, la confrontación ha tenido finalmente lugar. Y el resultado ha sido pavoroso. Algunos se vuelven hoy hacia él pidiéndole un último servicio.